

pensar fué siempre fijo, no fué una opinion que él hubiese abrazado como los sábios adoptan los sistemas; no era mas que una duda y una sospecha de que él hablaba, al referir simplemente las razones que podian servir para apoyarla (1). Esta doctrina, contraria á la persuasion comun, escitó muchos rumores y algun escándalo. Los fraticelos cismáticos, furiosos contra este Papa que los habia condenado, fueron los que metieron mas ruido y no dejaron de poner esta doctrina en el número de las heregias que le imputaban. Calmáronse, no obstante, los ánimos poco á poco, y en los dos años siguientes apenas se movió la cuestion.

Antes bien, durante este intervalo, la repression pontificia se dirigió contra algunos frailes menores que continuaban sosteniendo el cisma en diversos países. En Italia, en Provenza, en las diócesis de Narbona y de Tolosa, el Papa hizo denunciar públicamente por excomulgados, y perseguir con el auxilio del brazo secular á los bizoques ó fraticelos, que vivian y mendigaban juntos en aquellas provincias, teniendo en ellas capitulos y eligiéndose superiores, como si hubiesen profesado la vida religiosa bajo la proteccion de las leyes. En la parte meridional de la Italia, el obispo de Melfi y los inquisidores del país tuvieron orden de proceder contra otros sectarios que se hacian llamar frailes de la vida pobre y tenian por gefe á un hombre ordinario, casi sin letras, llamado Angel. Con este director ignorante y osado, que habia salido del valle de Espoleto, no dejaron de sembrar muchos errores y de insultar á la gerarquía, publicando indulgencias y oyendo confesiones aunque legos. El Papa Juan dió asimismo comision á Juan de Badis, fraile menor é inquisidor de Marsella, para perseguir un

(1) *Hist. de l'Egl. gall. t. 38.*

resto de waldenses que se hallaban todavia en el Piamonte (1532). Estos se habian levantado con las armas en la mano contra el inquisidor dominico del país, Alberto de Castel'ar, habian dado muerte á un cura por sospechas de que los habia delatado al inquisidor, y tenian á este mismo inquisidor sitiado en un castillo. El caudillo de estos hereges, llamado Martin Pastres, que dogmatizaba al mismo tiempo contra el misterio de la Encarnacion y contra la presencia Real de Jesucristo en la Eucaristia, habia logrado poder evadirse de las pesquisas de todos los inquisidores que se sucedieron en el Piamonte en el discurso de veinte años. El de Marsella fué mas afortunado en sus procedimientos, pues consiguió prender al astuto predicador, y le remitió, con arreglo á su comision, al inquisidor del distrito, á fin de informar por medio del seductor contra los cómplices y víctimas de la seduccion.

En fin, la disputa acerca de la vision beatífica renació en Aviñon y se hizo mas viva que nunca. Ya fuese por complacencia ó por persuasion, algunos cardenales, contra el sentimiento de la mayor parte que no gustaba de novedades de esta especie, las adelantaron mas y aun dieron señales públicas de su aprobacion. Poco despues, Gerardo Eudes, general de los franciscanos, y el dominico Arnaldo de San Miguel, penitenciario del Papa, partieron en calidad de nuncios para negociar la paz entre los reyes de Inglaterra y de Escocia. Pasaron por Paris con la esperanza de que el rey Felipe les asociaria algun diputado que les auxiliase en su designio, segun se manifiesta por las cartas credenciales de ambos nuncios (1). Noticiosos estos en Paris, por el agente del rey de Escocia, de que este príncipe se hallaba ausente de su reino, y de

(1) *Vading. ann. 1533, num. 2.*

que no habia dejado persona que pudiese tratar con ellos, y asi su viage seria inútil, no pasaron mas adelante. Mientras su mansion en la capital de Francia, el general de los frailes menores, compatriota de Juan XXII y muy amigo suyo, emprendió esparcir en las escuelas la opinion relativa á la vision beatífica, que se reputaba ser la de este Pontífice. No se dudó que habia sido enviado espresamente; y como el torrente de doctores trataba sin rodeos esta doctrina de novedad contraria á la fé, el rey, que era ardiente católico, concibió las mas vivas aprensiones.

Juntó al momento diez teólogos los mas acreditados, de los cuales cuatro eran del orden de San Francisco, y en presencia del general les preguntó qué juicio formaban de la doctrina esparcida poco tiempo habia en Paris. Todos declararon sin vacilar, que la desecharan como herética, calificacion bastantemente fuerte sin duda, supuesto que la Iglesia no habia decidido todavia contra ella. Gerardo no dejó de disputar enérgicamente contra los doctores; pero el rey tomando el tono de un soberano indignado, le trató de herege, y le dijo, que si no se retractaba, le haria quemar como patarino, por haber predicado la heregia en un reino que no sufría ninguna; y que si el mismo Papa sostenia estas novedades tan perniciosas, le miraria como un objeto de anatema (1). Poco despues se convocó una asamblea mas numerosa y mas distinguida en el palacio de Vincennes (1535). Además de los príncipes, obispos, abades y los principales magistrados que se hallaban en Paris, fueron tambien llamados los doctores mas famosos en la facultad de teología, hasta veinte y cuatro, de los cuales algunos eran seculares, pero la mayor parte escogidos de entre las diferentes ór-

(1) *Villan. lib. 9, pag. 229.*

denes religiosas. La decision fué la misma que en la primera vez, á lo menos en cuanto al fondo de la doctrina. El general de los frailes menores juzgó por entonces á propósito acceder al dictámen de los doctores, aunque lo hizo con un tono de violencia que por lo menos anunciaba la repugnancia que le costaba este sacrificio.

Quiso el rey que el dictámen de los teólogos fuese consignado en una acta auténtica que se extendió en otra tercera asamblea celebrada en los maturinos ó trinitarios. Los doctores que hubieran sin duda deseado que se estuviese á su declaracion verbal, nada omitieron para convencer, á lo menos al Pontífice, del respeto que les inspiraba esta reserva. Protestaron en primer lugar que eran hijos dóciles y servidores fieles del muy Santo Padre Juan; luego con respecto á la opinion que creían deber desechar, declararon haber sabido por testigos fidedignos, que todo cuanto Su Santidad habia dicho acerca de esta materia, no fué en forma de asercion, sino solo por modo de hablar y como simple narracion. Tal fué tambien la declaracion que hizo el mismo Juan XXII en pleno consistorio, y lo que es mas notable, antes que hubiese podido recibir ni la acta auténtica de la facultad de Paris, ni las duras amenazas que el cardenal Pedro de Ailli pretendió setenta y seis años despues de haber sido hechas á este Pontífice por Felipe de Valois. «Temiendo se juzgue mal de nuestros sentimientos, dice el Papa, declaramos y protestamos formalmente que todo cuanto hemos alegado ó propuesto en la controversia de la vision intuitiva, ha sido por modo de conferencia, y sin intencion de afirmar ni definir cosa alguna; y si contra nuestro intento se nos ha escapado alguna cosa menos exacta, la revocamos espresamente, y renunciarnos á abrazarla ó defenderla, ni al presente ni en lo venidero.»

Tales son los términos originales de esta declaración, sobre la cual no ha podido moverse cuestión sino alterándolos, y que por otra parte se halla exactamente conforme, á lo menos en cuanto al sentido, á la de los doctores de Paris.

La desaprobación del Papa bastó entonces para disipar todas las nubes en el espíritu dócil y religioso de los franceses. Mas no sucedió así en Alemania, y sobre todo en la corte del emperador Luis de Baviera, llena de cismáticos y de hombres rebeldes á la Iglesia. Apelaron allí al futuro concilio de todo lo que Juan XXII había dicho y hecho en la cuestión del estado de los Santos despues de la muerte, y formaron de nuevo el proyecto de deponer á este Pontífice en un conciliábulo que debía juntar el emperador. Tenian sorprendidos ya á algunos prelados de los mas poderosos, y habian separado del Papa al cardenal Napoleón de Ursino, que prometió atraer otros muchos. Juan XXII que, á la edad de cerca de noventa años, no habia perdido cosa alguna de la firmeza ni de la energía de su vigor, se dedicaba con igual actividad á procurar la elección de un nuevo emperador.

Pero el cielo no permitió que la Iglesia y el imperio experimentasen por segunda vez, bajo de un mismo Pontífice, una borrasca tan peligrosa. La noche del uno al dos de diciembre de este año de 1334, el Papa se sintió enfermo, y en el día 4 del propio mes murió á las nueve de la mañana, despues de haber oído misa y recibido la Comunión. Habia ocupado la Santa Sede mas de diez y ocho años. Durante su cierta enfermedad, tuvo sin embargo tiempo para revocar todas las reservas de beneficios de que él se reprendía, y para hacer su testamento y confirmar la retractación de todo lo que hubiera dicho ó escrito contrario á la doctrina comun acerca del

estado de los bienaventurados al salir de esta vida. Este Papa fué el que introdujo en la Iglesia romana la fiesta de la Trinidad, establecida cuatro siglos antes en algunas catedrales y monasterios. Se le atribuye el establecimiento de los auditores de la Rota para juzgar de las apelaciones de toda la cristiandad. Las obras que ha dejado acerca de la medicina y particularmente su *The-saurus Pauperum* prueban cuán varios y estensos eran los conocimientos de este gran Pontífice.

Se ha censurado á Juan XXII por el tesoro inmenso que despues de su muerte fué hallado en el palacio de Aviñon, y que ascendia, segun Villani (1), así en joyas como en especias metálicas, á mas de veinticinco millones de florines de oro. Pero el mismo autor conviene en que este Papa, lejos de tener una vida deliciosa y de fausto, vivia muy frugalmente, y pasaba sin dormir casi toda la noche, en la oración ó en el estudio, que formaba al parecer su pasión dominante. A este desapego personal debe añadirse la delicadeza que tuvo, al tiempo de morir, de no tocar cosa alguna de estas riquezas á sus parientes, ni aun á los mas cercanos, contentándose con recomendarlos á la caridad de los cardenales y á la beneficencia del rey Felipe. Todo su objeto en la acumulacion de estas sumas prodigiosas, era la recuperacion de la Tierra Santa, cuya vana esperanza nunca cesó de fomentar este hombre, tan superior por otra parte en sus miras á casi todos sus contemporáneos.

Con mas visos de fundamento podria reprenderse en este Pontífice, hombre muy virtuoso, y que en medio de tantos negocios graves como despachaba infatigablemente, tuvo bastante devoción para celebrar la misa casi todos los dias, y dedicar una gran

(1) Lib. 9, cap. 20.

parte de tiempo á la oración: podria, repito, reprendérsele con mas aparente justicia el no haber transferido la Silla apostólica al otro lado de los montes: la necesidad de lo cual pudiera haberla conocido por tantas lecciones terribles que con efecto parece se la hicieron sentir muchas veces. Pero despues de las tentativas ineficaces que hizo

muchas veces Juan XXII para salir de territorio y dependencia de los principes franceses, veremos todavia una larga serie de sus sucesores, retenidos lejos de Roma, á pesar de los mismos esfuerzos, por la habilidad de las potencias que tenían interés en mantenerlos fuera de Italia.

### LIBRO CUADRAGESIMO-CUARTO.

Desde la muerte de Juan XXII en el año 1334, hasta la estincion del cisma de Alemania en el de 1349.

Entre dos Papas, dignos uno y otro de gobernar la Iglesia, es difícil hallar mas diferencia que la que se encuentra entre Juan XXII y su sucesor Benedicto XII. El primero, aunque varon de suma integridad, agradábase de tener á su lado un gran número de prelados ilustres, que concurrían á la corte y se detenían en ella movidos de la liberalidad del Papa y de su inclinación á hacer beneficios (1). Como desde muy joven habia desempeñado un empleo brillante en la corte de Sicilia, distinguíase con unos modales atentos, con un trato afable, con un talento despejado para los negocios, y con grande habilidad en la política. A su vez, Benedicto, criado en el instituto austero del Cister, mostraba menos despejo y amenidad, aparecía siempre como modelo, no so-

lo de las virtudes de precepto, sino tambien del fervor y de la perfección: le complacía mucho mas el que los prelados estuviesen en su diócesis que en su palacio, y no atendía á las pretensiones sino en cuanto se apoyaban en el mérito. No conocía la política y el manejo de los gabinetes; pero era profundo en las ciencias, y estaba principalmente versado en la de los cánones, procurando el que estos se observasen con la mayor puntualidad, desentendiéndose de todo respeto humano.

Nunca habia soñado en ser Papa, cuando á los diez y seis dias de haber muerto su predecesor, esto es, á 20 de diciembre de 1334, le elevaron á él los votos tan unánimes como no esperados de los cardenales (1). Habíanse reunido estos

(1) Albert. Argent. Chron. ann. 1334. B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO IV.

(1) Vill. lib. 2, cap. 21; Bajaz. cit. tom. 1 pag. 220, etc.